

LYCOFRÓN

Diario de clase

FRANCISCO J. FERNÁNDEZ


Círculo Rojo
EDITORIAL

Primera edición: enero 2021

Depósito legal: AL 3167-2020

ISBN: 978-84-1385-313-0

Impresión y encuadernación: Editorial Círculo Rojo

© Del texto: Francisco J. Fernández

© Maquetación y diseño: Equipo de Editorial Círculo Rojo

© Fotografía de cubierta: Depositphotos.com

Editorial Círculo Rojo

www.editorialcirculo rojo.com

info@editorialcirculo rojo.com

Impreso en España — Printed in Spain

Editorial Círculo Rojo apoya la creación artística y la protección del copyright. Queda totalmente prohibida la reproducción, escaneo o distribución de esta obra por cualquier medio o canal sin permiso expreso tanto de autor como de editor, bajo la sanción establecida por la legislación.

Círculo Rojo no se hace responsable del contenido de la obra y/o de las opiniones que el autor manifieste en ella.

El papel utilizado para imprimir este libro es 100% libre de cloro y por tanto, **ecológico**.

Para Víctor Gómez Pin

NOTA PRELIMINAR

Vengo dando clases de manera continuada desde hace más de veinte años, en diferentes niveles y de asignaturas diferentes. Casi desde el principio, pero no siempre, he empleado el diario de clase como instrumento para mis lecciones. Me ha permitido descubrir almas sensibles y entendimientos agudos; también otras cosas. Esto es algo así como un producto destilado de esos años y de esas clases.

PRIMERA PARTE

(Enero-Febrero-Marzo)

Clase primera

Aunque llevábamos ya todo un trimestre con él, cabe destacar que empezó su clase yendo inmediatamente a lo que le interesaba, sin pasar lista y sin hacer mención alguna al nuevo año en que nos encontrábamos. A veces le gustaba dar un título a sus clases, y en esta ocasión así lo hizo, escribiendo en la pizarra: ΛΥΚΟΦΡΩΝ, pero no dio mayores explicaciones al respecto, o casi ninguna, pues a continuación declaró que Licofrón nos llevaría algunos días: «Algunos días para algunos años», sentenció. Miró después a ninguna parte, como buscando datos o inspiración, y empezó a hablar.

Lo primero que hizo fue avisarnos de que esto sería una especie de ontología para bachilleres, lo que éramos, pero que no por ello habríamos de considerar que aquello que se dijera nos tendría en cuenta en tanto que tales. De hecho, como para demostrar esto último, nos habló de dos libros en los que los bachilleres eran protagonistas: en un caso, como autor, la *Disertación sobre el principio de individuación* (1663), escrita por su querido Leibniz a la edad de 16 años (la nuestra) para obtener el título de bachiller y, en segundo lugar, la *Enciclopedia de las ciencias filosóficas* de Hegel (otro de sus filósofos favoritos), de 1817, la cual consistía en el manual que Hegel escribió para sus clases en el *Gymnasium* de Nürnberg. «Comparar estos libros con los libros de texto actuales...», pero no concluyó la frase, sino que hizo un gesto de displicencia que algunos de mis compañeros no supieron interpretar en el momento. Tampoco supe hacerlo yo cuando añadió: «Licofrón será nuestra *Thalassa*, a lo Jenofonte». Luego ya pude enterarme de que en la *Anábasis* de Jenofonte los soldados griegos

anhelaban alcanzar el mar (*Thalassa*) para huir de sus perseguidores. Esta situación de estupefacción se daba muchas veces, pues a menudo era pedante, pero si él se daba cuenta de que uno se tomaba la molestia de averiguar esas referencias, lo felicitaba con cierto entusiasmo algo infantil, supongo que porque ello le hacía sentirse menos solo.

A continuación, nos mandó tarea para el día siguiente. Básicamente, enterarnos de quién fue ese Licofrón dichoso y qué cosas se podían saber acerca de él. Añadió, para terminar, cómo lo descubrió él, todavía siendo estudiante, leyendo el libro de un profesor suyo, Pierre Aubenque, *El problema del ser en Aristóteles*, del que dijo maravillas, aunque no tanto sobre el libro en cuestión (libros, en verdad), sino como profesor (pues, aunque trabajaba en la Sorbona de París, también daba clases en su Facultad), contándonos que había sido discípulo de Heidegger (y este a su vez de Husserl, a principios del siglo XX). Así las cosas, no pudo dejar de hacerse el gracioso aprovechando una discutible propiedad transitiva del conocimiento: «Con algunas de las cosas que yo os pueda enseñar podríamos remontarnos hasta Husserl, y quizá más atrás».

Clase segunda

Al día siguiente, nos preguntó por Licofrón, pero, francamente, apenas si alguno había mirado algo. No pareció importarle demasiado y empezó a hacer él por su cuenta el trabajo que nos había mandado. La verdad es que no eran más que cuatro cosas, de hecho, ocho cosas literalmente («divididas en seis y dos», dijo enigmáticamente), aunque no todas con la misma importancia e interés. No obstante, dijo entonces que se le había ocurrido la idea de conectar esas tesis o *filosofemas* (así las llamó él) con el fin de comprobar si había una cierta coherencia entre ellas. Vino a decir después que, si pudiéramos conseguir conectar conceptualmente

las tesis que conocemos de Licofrón, no sería poca cosa. Sacó, pues, de su cartera un pequeño libro, cuyo título creo que hacía referencia a los sofistas, y comenzó a informarnos del asunto.

Resultó que Licofrón era un sofista y que de lo que de él se sabía era prácticamente nada. Nada significaba que Aristóteles lo citara en seis ocasiones y otras dos hiciera lo propio un comentarista de Aristóteles llamado Alejandro de Afrodisias, varios siglos después. Ni siquiera se sabía cuándo había nacido y cuándo había muerto. Nos avisó de que también Platón lo menciona en una de sus cartas, pero que no se puede estar seguro de que se trate del mismo personaje. En cuanto a sus escritos u obras nada ha sobrevivido, caso apenas excepcional por desgracia. En resumen, que, para conocer lo que Licofrón pensó, tenemos que conformarnos con esas citas del Estagirita. Citas que encontramos en obras distintas, además (*Metafísica, Física, Política, Retórica, Refutaciones sofísticas*, así como algún fragmento de alguna obra de Aristóteles que no nos ha llegado completa), lo que significa que la temática no es uniforme, sino que toca asuntos en principio poco relacionados entre sí.

Como habían aparecido muchos nombres propios, tanto de filósofos como de obras, nos mandó investigar sobre ello, para que tuviéramos una mínima idea de la época a la que estábamos haciendo referencia. Dijo después que esperaría hasta la próxima clase para resolver nuestras dudas, pero que desde ya quería dejar claro que no debíamos confundir la filosofía con la historia de la filosofía, que esta última tenía que estar al servicio de la primera y que, de hecho, la filosofía es eterna, es decir, que la dimensión temporal le afecta solo lo justo: «Si no fuera así, hablar de Licofrón solo tendría un interés cultural». La verdad es que me quedé pensando en qué otro interés podría tener volver sobre lo que dijo o dejó de decir un oscuro sofista del siglo IV antes de Cristo, pero no me atreví a hacer pública mi perplejidad delante de toda la clase.

Clase tercera

Pasados varios días desde la última clase, fin de semana incluido, volvimos a sumergirnos en las especulaciones no culturales de la filosofía. «Estoy hasta de acuerdo con Marx en que no se trata de interpretar el mundo, sino de cambiarlo», dijo abruptamente. «Pero solo se cambia si se descubre una verdad o se desvela una mentira, y eso para mí no es interpretar». Al parecer, había seguido pensando en lo último que dijo en su última clase. Eso es algo que veríamos con cierta frecuencia después; era como si no se quedara demasiado conforme con alguna cosa que hubiera declarado y se sintiera en la obligación de precisar un poco el sentido de su reflexión.

Poco después insistió en que, cuando tuviéramos un número suficiente de páginas, deberíamos entregarle los diarios de clase para que les echara un vistazo. Prometió incluir sus comentarios con el fin de ir mejorándolos a lo largo del curso. En ese momento me prometí a mí mismo generar ese número de páginas. Tenía ganas de saber qué pensaba de todo esto.

Era como si lo estuviera esperando, pues, en cuanto se le pidieron explicaciones acerca de qué era eso de los sofistas, sacó un libro titulado precisamente así: *El Sofista*. Su autor, Platón, maestro de Aristóteles. Comentó que era un diálogo complicado, de los llamados *aporéticos*, es decir, diálogos pertenecientes a la época en que Platón fue, por decirlo así, más crítico consigo mismo. La edición corría a cargo de un filólogo eminente: Antonio Tovar, maestro por cierto de Agustín García Calvo, al que refería muchas veces. La edición era bilingüe e incluía una introducción sobre la que se detuvo a continuación. En efecto, copió en la pizarra lo siguiente:

Platón no podrá tampoco, algo más adelante (256 d/e), distinguir el ἐστὶ existencial que hay en la frase “el no ser no es” del que se da como cópula cuando se dice “el lápiz no es papel, ni mesa”, etc.) (p. XIV)